

Dolores Martín Armas

University of Colorado at Boulder

Literatura española lesbiana de los noventa: Tres modelos

Marilyn Farwell define la narrativa lésbica como aquella que no necesariamente está escrita por una lesbiana o es sobre lesbianas, sino donde la historia afirma un espacio para la subjetividad lesbiana, "aquel espacio narrativo donde ambos, los personajes lesbianos y otros personajes femeninos pueden ser activos, agentes de deseo" (157).

La crítica feminista y homosexual sostiene diversas respuestas cuando considera el espacio lésbico. Bonnie Zimmerman en "Exiting from Patriarchy" mantiene que la lesbiana se encuentra fuera del patriarcado. Además, la autora considera el lesbianismo como "lo natural"—esto es, la expresión libre de la sexualidad reprimida por obligaciones la que es proscrita por la legislación patriarcal, para expresar su identidad verdadera. Farwell considera que en la lesbiana la sexualidad reprimida es expresada libremente. Para Zimmerman, el sujeto lesbiano debe construirse a sí mismo discursivamente a través de la narrativa de la historia del "coming out". Autenticidad y verdad incitan a transgredir las leyes opresivas a través de la articulación de una identidad sexual prohibida; lo que esta crítica llama la represión patriarcal del "triple edicto de tabú, no existencia y silencio." En este trabajo concentro la atención en tres novelas españolas de los años 90 para analizar cómo se expresa este proceso de *coming out* de las protagonistas.

En la literatura española la temática abiertamente lesbiana se produce tardíamente. Las primeras muestras literarias sobre dichas relaciones (en narrativa) las encontramos en las obras de Ana María Moix, *Julia* (1972) y el relato de Carme Riera, "Te dejo amor el mar como prenda" (1975), escrita originalmente en catalán ("Te deix amor, la mar com a penyora"). Sin embargo, son las obras de Esther Tusquets, *El mismo mar de todos los veranos* (1978), *Varada tras el último naufragio* (1980) y *El amor es un juego solitario* (1982), las que ponen en candelero la literatura lesbiana en España.

Una característica particular de este espécimen literario, que lo diferencia de otras narrativas publicadas en la década de los 90, es que las historias de amor se viven sobre todo en la esfera privada de cada mujer o pareja. En el relato de Carme Riera no sabemos que se trata de una relación amorosa entre dos mujeres hasta el final de la obra. La experiencia lésbica de estas mujeres casi nunca trasciende al ámbito personal y no podemos decir que haya en ellas un proceso de *coming out*, pues el núcleo temático es la historia de amor en sí, no el desarrollo y la construcción de una identidad lesbiana, o la lucha por expresarla públicamente.

Las obras que analizo son más recientes, publicadas todas después de 1995: *Si tú supieras* (1997), de Antonio Gómez Rufo; *La mancha de la mora* (1997), de Dolores Soler-Espiauba y *Beatriz y los cuerpos celestes* (1998), de Lucía Etxebarria.

En estas tres obras es importante la interacción de los personajes con su entorno social y su relación con su propia sexualidad ya que en cada una de ellas se observan comportamientos diferentes. Andrea, una joven barcelonesa, protagonista de *Si tú supieras*, vive su lesbianismo casi aislada, sólo lo expresa abiertamente con sus amigas del círculo del "ambiente" de Barcelona. En su trabajo tiene que ocultar sus preferencias sexuales y por lo tanto su manera de ser. Cuando la protagonista entabla una relación íntima con Carmen, esta relación se ciñe a las paredes de su apartamento o a los locales nocturnos. Ahí Andrea puede manifestarse tal como es. Cuando no está en esos sitios hace uso de su imaginación para recrear lo que no puede expresar en el ámbito público. Su madre ya conoce su lesbianismo y la apoya, pero su padre no

desaprovecha oportunidades para indicarle que su enfermedad es a consecuencia de su lesbianismo, y llega incluso a tratarla de “zorra”.

La educación represora de la escuela y la amenaza religiosa que se cernía sobre los que tenían deseos contra “natura,” obligó a Andrea a construir una identidad diferente a la que sus impulsos la conducían. Tiene que hacer todo lo posible para aparentar “normalidad”, para ser tratada con naturalidad y no ser objeto de murmuraciones. Además, tiene que pasarse por desapercibida ante los comentarios antihomosexuales de sus colegas de trabajo.

La protagonista de *Beatriz y los cuerpos celestes* también fue educada en un colegio de monjas, donde se le instruía para cumplir con el papel asignado a la mujer por la sociedad. Asimismo, tenía que sufrir la constante inspección de su madre con respecto a su aspecto físico—i.e., cómo se vestía, cómo se peinaba y con quién estaba. Desde la adolescencia, al igual que Andrea, Beatriz se percibe a sí misma como alguien diferente y, por lo tanto, rechazada ya que tiene que reprimir sus sentimientos y sus deseos. Pero, ante todo, se siente confundida porque no sabe qué es lo que tiene que elegir:

En principio, mi primera identificación fue fácil: yo era una niña... Pero más adelante, al ir creciendo, empecé a compararme a mí misma, respecto a mis impulsos e intereses con lo que me rodeaba, con la idea que las monjas y mi madre tenían sobre la niña que debía ser y la mujer en la que tendría que convertirme, y me di cuenta de que yo no era, nunca sería así. (138)

Estas dos novelas se pueden enmarcar en lo que Paulina Palmer denomina la novela del auto descubrimiento (41). En ellas las protagonistas viven su orientación lesbiana como un proceso de desarrollo psicológico. Esta travesía ritual, de reconocimiento, como ya vimos, es un camino para afirmar la identidad, que en las novelas anteriores a los 90 no observamos.

Judith Butler, retomando la noción de Foucault sobre cómo la represión opera como una modalidad de poder productivo, establece otra relación con el psicoanálisis. El análisis de Butler considera cómo ciertas normas regulativas son las que forman un sujeto sexuado, pues hay una inevitable conexión entre lo psíquico y la formación corporal. (22) Estas mujeres han de enfrentarse conscientemente a un estado que no es el que la sociedad y la familia les ha grabado en el cuerpo y en la mente, tienen por tanto que afrontar esa realidad impuesta para reconocer su diferencia. Así, aquellos cuerpos que rechazan ciertas prohibiciones se salen del ideal heterosexual demarcado por las convenciones de la sociedad en que viven.

Yo entiendo que la estampa de *coming-out* puede operarse en el ámbito personal, es decir, de auto-reconocimiento, pero generalmente se denomina así cuando se convierte en un acto social o público. En la novela de Gómez Rufo, *Si tú supieras*, Andrea expresa abiertamente sus inclinaciones sexuales en su círculo del ambiente barcelonés, donde la mayoría se identifican con las tendencias homosexuales. Pero ella no se muestra igual a la luz del día, en el trabajo o en la calle. En la novela de Etxebarría, Beatriz sólo expresa abiertamente su lesbianismo cuando se va a vivir a Edimburgo.

En la obra de Dolores Soler-Espiauba, las protagonistas viven su homosexualidad con naturalidad en el entorno social, en Bruselas. Las dos protagonistas, Mariana y Dominique, establecen su primera relación lésbica cuando una tiene treinta y siete años y la otra veinticinco. Aunque las dos han tenido anteriormente relaciones heterosexuales, no se ve en ellas ningún proceso psicológico de reconocimiento o de adaptación a ese nuevo estado ya que no se encuentran en una sociedad que les obligue a ocultarlo, ni han sufrido la opresión familiar, no es

algo que han estado ocultando desde su adolescencia. Las protagonistas viven en Bruselas, Mariana tiene a su familia en Madrid y Dominique cuenta con el apoyo de su madre, pero no con el de su padre (como Andrea) quien la rechaza. Aunque viven su amor casi en libertad, son objeto de llamadas telefónicas que denuncian su comportamiento y tienen que guardar las apariencias ante la casera.

La identidad lesbiana de estas dos mujeres se revela a través del contacto erótico y del lenguaje. Las dos dicen estar cansadas de los hombres, aunque este cambio hacia el lesbianismo en sus vidas les sorprende. Dominique le dice a Mariana, “lo tenía yo tan claro con los tíos, era tan feliz con el juego de seducción y del poder, con la guerra de los sexos y todo el rollo” (33). Y Mariana le contesta que está harta de esos juegos, de sentirse “Reposo del Guerrero con mayúsculas. [...] Me apetece que me quieran de otra manera. He funcionado muchos años conforme al sistema, pero ya no estoy por la labor. Estoy cansada, Mariana” (33). En esta obra la relación entre las dos mujeres se establece en otros ámbitos, más allá del encuentro sexual. Las dos viven juntas y tienen proyectos de futuro comunes, hacen una vida como pareja.

Sin embargo, en las obras de Gómez Rufo y de Etxebarria las relaciones que establecen las protagonistas con sus parejas son más que nada pasionales. Andrea se enamora perdidamente de Carmen quien hasta ese momento sólo había tenido relaciones heterosexuales; y, las dos establecen una relación de citas donde el narrador se detiene sobre todo en las escenas de amor. En *Si tú supieras* se plantea el problema de la ocultación de manera evidente ya que Carmen está casada y tiene hijos. A principios Carmen considera su relación con Andrea un juego pues está convencida de que no le gustan las mujeres y que incluso Andrea terminará algún día casada con un chico. Este planteamiento debilita la posibilidad de un vínculo entre las amantes porque Carmen no se identifica como una lesbiana. Hacen poca vida en público, aparte de las noches en los locales, y cuando en alguna ocasión salen juntas a la luz del día, Andrea siente que tiene que reprimir sus impulsos de mostrarse afectuosa con Carmen.

En la obra de Lucía Etxebarria, el personaje de Beatriz tiene dos historias donde el objeto del deseo en una historia es mujer y en la otra es un hombre. Su amor de adolescencia y juventud es Mónica, a la que nunca ha declarado su amor aunque siente una profunda veneración por ella. Beatriz indica que es capaz de cometer asesinato por Mónica, y, sin oponerse, aquella accede a cualquier orden de esta. Sólo una vez tienen contacto físico, se besan en un baño público cuando están bajo los efectos de las drogas. Su otro amor femenino es Cat, una irlandesa con la que convive tres años. Su relación con Cat es satisfactoria en el plano sexual, pero no le ofrece la compañía y la seguridad que Beatriz necesita y que en cambio encuentra en un hombre, Ralph.

Vemos por lo tanto cómo las relaciones son determinadas por el entorno social y familiar. Por un lado, en todos los casos los contactos lésbicos se dan cuando las protagonistas ya no están bajo el techo paterno, y por el otro dichos contactos se muestran abiertamente en España sólo en círculos cerrados, como en el caso de Andrea, pero abiertamente en los casos de Beatriz, Mariana y Dominique, quienes viven sus experiencias en sociedades extrañas.

En *Beatriz y los cuerpos celestes* y en *Si tú supieras* se ve un proceso de auto-reconocimiento de las protagonistas, que es lo contrario a *La mancha de la mora*. Un elemento esencial en este proceso es el cuerpo. La impresión del cuerpo femenino lesbiano que aparece en cada una de estas novelas es muy diferente. En *La mancha de la mora* no se aprecian características específicas que modelen la figura lesbiana. Es a través del diálogo de las protagonistas cómo se representa el cuerpo de cada una de ellas y sobre todo lo diferente que para ellas resulta el cuerpo masculino: la textura, la forma. No obstante, los personajes de Andrea y Beatriz indagan más en la construcción y el reconocimiento de sus propios cuerpos, sin duda

alguna porque son mucho más jóvenes que la protagonista de *La mancha de la mora* y están experimentando el desarrollo de su cuerpo y su identidad.

La admiración de Andrea por el cuerpo femenino nace desde el descubrimiento de su propio cuerpo el día en que se queda encerrada en un ascensor, cuando tenía catorce o quince años:

Y [esta fue] la primera vez que vio su imagen reflejada en un espejo borroso que devolvía una imagen abstracta de mujer y le pareció que el cuerpo femenino era hermoso, que deseaba encontrar un cuerpo bello de mujer para acariciarlo y entregarse a él. (153)

En la novela de Etxebarría, Beatriz mantiene una relación de esclavitud con su cuerpo. Reconoce que en el mundo que ha crecido se le concedía mucha importancia a la belleza femenina. Es constante en la novela su reflejo en el espejo, donde inspecciona todos los recovecos de su cuerpo en un deseo de encontrarse, de identificarse con ese igual que quiere llegar a conocer.

En estas dos obras tenemos la referencia al espejo. Judith Butler comenta que este proyectarse en una forma física es parte de la elaboración psíquica, centrada y reprimida de los propios contornos corporales de uno mismo (66). Esto nos lleva una vez más a Foucault, quien dice que “el alma es el efecto y el instrumento de una anatomía política; el alma es la prisión del cuerpo” (34). Es decir, el alma de estas protagonistas, que ha sido controlada y reprimida por el poder patriarcal, empieza a liberarse para auto reconocerse como lo que realmente es; y, en la misma medida en que el pensamiento se va desligando de las ataduras patriarcales, asimismo el cuerpo se va transformando para convertirse en una imagen propia, no lo que otros ni la sociedad quieren ver en ellas.

Quiero destacar que en estas obras el lesbianismo no es la única opción sexual de las protagonistas, aunque el tratamiento de la figura masculina no es totalmente positiva. Hay que subrayar que en dos de las novelas, en *Beatriz y los cuerpos celestes* y en *La mancha de la mora*, las protagonistas experimentan relaciones heterosexuales y en la de Gómez Rufo es la amante de la protagonista quien lo hace. Beatriz nunca ha tenido bien clara su identidad sexual, se siente perdida y no sabe que escoger. Ella dice que ansía la perfección, “un estado de fuerza y autonomía anterior a lo masculino o a lo femenino” (215). Persigue un ideal, la “Totalidad”. Dice Beatriz, “Yo nací persona y amé a personas” (215). Beatriz está abierta a cualquier tipo de relación. Mientras está enamorada de Mónica tiene relaciones con otros chicos, aunque casi todas insatisfactorias. Sin embargo en Edimburgo se enamora de Ralph quien le da placer sexual y le llena el vacío que le deja la ausencia casi constante de Cat. Beatriz recurre a la figura masculina para suplir una necesidad más que física, emotiva.

Mariana y Dominique han tenido relaciones estrechas y duraderas con hombres y durante su vida en común las dos establecerán un vínculo especial con Marek; Dominique se casa con el polaco a cambio de dinero y para que él consiga el certificado de residencia. Mariana tiene una relación fugaz con Marek y el producto de ésta es Dominica.

En las tres novelas se tiene una primera impresión de rechazo a la figura masculina. Tanto Andrea como Beatriz rechazan el prototipo de hombre prepotente que se dedica a mirar a las niñas guapas, creyendo que por ser hombre van a caer rendidas a sus pies. Además, Andrea se siente discriminada en el trabajo y minusvalorada por sus dos compañeros, que sólo pretenden seducirla y que cuentan con ella únicamente para tomar una copa o ir al cine, no para hablar de trabajo.

Frente a esta crítica masculina, la novela de Soler-Espiauba refleja una actitud más tolerante hacia el hombre. Aunque las protagonistas algunas veces dicen que están cansadas del juego de seducción y poder que se establece en las relaciones heterosexuales, en el momento en que Mariana está con Marek dice que extraña al hombre y al final de la novela Dominique abandona a Mariana y se marcha con Marek.

Como ya hemos visto, aunque las tres novelas plantean relaciones lesbianas muy diferentes unas a otras, no cabe duda que estas novelas plantean nuevos parámetros que las distancian de producciones en décadas anteriores. En estas tres obras y obras recientes que tratan el tema lésbico, se observa el interés por ofrecer una visión normalizada de las relaciones lesbianas, y, de integrar a la lesbiana en la sociedad. Como consecuencia, la temática de esta producción se multiplica en infinidad de variantes, ya que el centro de atención no se concentra en la relación lesbiana *per se*, sino en la interacción de la mujer con los otros sujetos de la sociedad, por lo que se da la oportunidad de abrir planteamientos a nuevos enfoques que implican las relaciones heterosexuales y de amistad.

BIBLIOGRAFÍA

- Butler, Judith. *Bodies that Matter. On the discursive Limits of 'Sex'*. New York: Routledge, 1993.
- Etxebarria, Lucía. *Beatriz y los cuerpos celestes*. Barcelona: Ediciones Destino, 1998.
- Farwell, Marilyn R., "The Lesbian Narrative: 'The Pursuit of the Inedible by the Unspeakable.'" *Professions of Desire. Lesbian and Gays Studies in Literatures*. E. George E. Haggerty y Bonnie Zimmerman. New York: Modern Language Association of America (1995): 156 - 168.
- Foucault, Michel. *Discipline and Punish: the Birth of the Prison*. New York: Pantheon Books, 1977.
- Gómez-Rufo, Antonio. *Si tú supieras*. Barcelona: Ediciones B, 1997.
- Palmer, Paulina. *Contemporary Lesbian Writing. Dream, Desire, Difference*. Philadelphia: Open University Press, 1993.
- Rich, Adrienne. "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana." *Duoda. Revista de Estudios Feministas*. Barcelona: Centre de Recerca de Dones (1996): 15 -42.
- Soler-Espiauba, Dolores. *La mancha de la mora*. Barcelona: Ediciones B, 1997.
- Zimmerman, Bonnie. "What Has Never Been: an Overview of Lesbian Feminist Criticism." *Making a Difference: Feminist Literary Criticism*. Ed. Gayle Greene and Coppélia Kahn. London and New York: Methuen (1984): 177 - 210.